

EL FABRICANTE DE LÁMPARAS CHINO

José Ezequiel Kameniecki

Desde muy pequeño China ocupaba un lugar de importancia. Estaba presente como algo misterioso y a la vez cotidiano. Los niños jugábamos con los palitos chinos, a las damas chinas y al mahjong; en el Jardín de Infantes, el instrumento de percusión llamado caja china, que utilizaban las orquestas de jazz, formaba parte de la banda rítmica; dibujábamos y calcábamos con tinta china los mapas con la ayuda de un plumín durante los años escolares.

Uno de mis pasatiempos preferidos cuando tenía ocho años consistía en pintar con crayones cuadrados de diferentes colores en una hoja de papel blanco, para luego cubrirla con tinta china negra, y, una vez seca, dibujar raspando la superficie con un alfiler. Me maravillaba al ver aparecer una multiplicidad de colores en cada trazo de los dibujos y al finalizar mi modesta obra de arte me parecía percibir algo mágico.

Hasta ese momento no conocía personalmente a ningún chino, porque la población de personas de ese país era muy escasa entonces en la Argentina, pero, sin embargo, había varios productos, como por ejemplo el té, en cuyo envase aparecían fotografías o ilustraciones de individuos de esa nacionalidad. Además, propagandas en la televisión mostraban familias chinas vestidas a la usanza tradicional que disfrutaban del té servido en hermosas tazas de porcelana. También algunos ilusionistas iban disfrazados de chinos, como el famoso mago Fú Manchú, y hasta tuve la oportunidad de disfrutar de su espectáculo en el circo. Y para más, se había puesto de moda en las casas de familias acomodadas la decoración con muebles chinos laqueados en el living, verdaderas obras de arte.

En la Argentina a la compañera del gaucho la llaman china, palabra de origen quechua, parónimo que nada tiene que ver con la mujer oriental, pero que suele confundirse tal como nos sucedía a los niños.

Mi madre nos leía cuentos antes de acostarnos. Recuerdo algunos que sucedían en “la lejana China”, como, por ejemplo, *La historia de Aladino y la lámpara maravillosa*,



narración que ocupa un lugar destacado en el libro *Las 1001 noches*.

La imagen que teníamos en ese entonces de los chinos era la de personas educadas, amables y refinadas, dotadas de una paciencia proverbial. Esta opinión se vio confirmada cuando conocí al señor Poh.

Hacia finales de la década de 1950 mi padre arrendaba un local en una galería comercial de la avenida Santa Fe de la ciudad de Buenos Aires, dedicado a la decoración. Una mañana de otoño, apenas abría la tienda, se presentó un varón chino con un mostrario de hermosas lámparas artesanales. Alto, delgado, serio, de edad imprecisa, se expresaba en un lenguaje desconocido acompañado de gesticulaciones que mi padre comprendió que el hombre venía a ofrecer su mercadería, y, no me explico cómo, lograron concertar un acuerdo por el cual el señor le entregaría 12 lámparas chinas en consignación. Al día siguiente, trajo la mercadería y mi padre confeccionó un remito para darle validez a la transacción, donde figuraba el nombre del chino, Poh, con el precio acordado y le entregó una copia.

El éxito de las lámparas fue rotundo: ese mismo día se vendieron todas y varias personas se vieron frustradas de hacerse con alguna. Los días subsiguientes se sucedían los interesados. Mi padre se percató que no tenía la dirección del artesano al que deseaba abonarle la mercadería y realizar un pedido. Esperó un tiempo a que el hombre regresara para cobrar. Pasado un mes se decidió a buscarlo, pero ¿adónde? Comenzó la pesquisa por locales similares de la zona, pero nadie lo conocía. Por las tardes pasaba un cafetero ambulante tucumano cargado de termos a quien mi padre solía comprarle. En una oportunidad le pidió para mí un café cortado que me pareció una delicia, era la primera vez que lo probaba. Era un hombre muy simpático, siempre con una sonrisa a flor de piel, que años después se convirtió en un músico famoso: Ramón “Palito” Ortega, autor y compositor de éxitos populares que prendieron en la juventud.

Dado que el cafetero recorría diferentes barrios, le informé que conocía a un chino que se asemejaba al que le describió mi padre, a quien veía entrar y salir de una pensión de la calle Salta. Allí se dirigió mi padre. El encargado del lugar confirmó que allí se alojaba un hombre de apellido Poh, que trabajaba de mozo en el restaurante chino de la calle Marcelo T. de Alvear. En dicho local le informaron que atendía las mesas en el turno de la noche. Así que mi padre pudo encontrarlo en su lugar de trabajo. Poh se sorprendió al verlo y más todavía cuando recibió el dinero. Por primera vez mi padre lo vio sonreír. En agradecimiento por tomarse la molestia de buscarlo nos invitó a cenar al restaurante y, aunque mi padre no quiso

aceptar, el hombre insistió en forma tan efusiva que no pudo rechazar.

Era un restaurante exclusivo, razón por la cual mi madre decidió que nos vistiéramos con las mejores ropas. Recuerdo que fue la primera vez que la vi maquillarse y acicalarse los pies con una clase de piedra pómez que, vaya casualidad, llevaba el nombre comercial de Piedra china. El lugar estaba decorado con objetos muy variados de gusto refinado, enormes lámparas con foquitos verdes y rojos, esculturas en bronce y tallas de madera con figuras de dragones y de grullas, tapices bordados con hilo dorado y plateado, y otros adornos que ya mi memoria no registra, que le daban al ambiente un clima para nosotros exótico y misterioso a la vez. Preguntamos por Poh, que se acercó a la recepción y nos saludó con un apretón de manos acompañado de una inclinación. Nos acompañó hasta una mesa reservada especialmente para nosotros y, a continuación, comenzó a servirnos con esmero una selección de platos, para nosotros desconocidos, excepto los arrolladitos primavera con salsa agridulce que solían estar presentes en las fiestas de casamiento, pero las de aquella noche eran de mejor sabor. Contó con la ayuda de dos camareros, también chinos, que retiraban los platos usados para reemplazarlos por otros y en forma constante reponían el té servido en tazas decoradas con flores de enormes calderas de cobre, que sonreían al acercarse a la mesa y se retiraban con gestos respetuosos. Era la primera vez que probábamos comida oriental, no estábamos habituados a esa clase de manjares que saboreamos con fruición admirados por la novedad. Allí fue donde conocí los mariscos, el pollo preparado con salsas agridulces exquisitas, la sopa de pescado y los fideos de arroz, que probamos en pequeñísimas raciones hasta acostumbrar el paladar a los nuevos sabores. Y qué decir de los postres, irresistibles, que disfrutamos aun cuando estábamos ahítos.

Pasadas alrededor de dos horas nos despedimos del señor Poh y regresamos a casa, satisfechos y contentos. Mi padre no se ahorra en elogios por la conducta del anfitrión.

En el transcurso de la cena mi padre le había encargado 20 lámparas. Con ayuda de un asistente, otro mozo, como traductor, el señor Poh nos contó que regresaba a China donde lo esperaban su mujer y dos hijos. Nunca tuvimos noticias del fabricante de lámparas, pero de esta temprana experiencia me quedé con una excelente impresión de los chinos. ☒

José E. Kameniecki (Buenos Aires, 1952). Psicólogo argentino, escritor, periodista, curador de artes visuales y editor. Ha publicado cuentos y artículos en diversos diarios y revistas de Argentina y del exterior, así como las novelas *La Construcción del Espejo* (1996) y *La calle de los museos* (2002). Su obra mereció premios y menciones en concursos literarios. Fundó y dirigió la revista literaria *El Muro*. Fue Director General y Editor de la Revista Internacional de Literatura y Arte *Francahela*, dedicada desde 1996 a promover la integración cultural latinoamericana. Es corresponsal de *Archipiélago* en Argentina.